

# El caballero del Cid

Ésta es la historia de Efrén, el eslavo de las mesnadas del Cid, natural de Naciados, en tierras de Cáceres, cuyos habitantes estaban mal vistos porque se ganaban la vida vendiendo noticias en tiempos de guerra, que en aquellos años del siglo XI lo eran casi todos.

El oficio de vendedor de noticias consistía en ir de un bando a otro vendiendo a los señores información que les pudiera servir frente a sus enemigos. Era un trabajo en extremo peligroso ya que el Fuero Viejo los tenía por espías y permitía que fueran ahorcados, o decapitados, allá donde se los encontrara.

Efrén conoció al Campeador en una hondonada que hay por la parte de la sierra Madroñera en una ocasión en la que el de Vivar estaba en grandes apuros, con no más de una docena de jinetes a sus órdenes y rodeado por un ejército de moros y cristianos que se habían concertado para acabar con él. Efrén conocía bien esas quebradas porque, cuando no había noticias que vender, cuidaba de una piara de cerdos con los que en ocasiones se pasaba más de un mes fuera del pueblo en busca de pastos.

Mucho se había admirado de que por aquella tierra, que era más de moros que de cristianos, anduviera una partida de caballeros tan corta, aunque todos con aire muy aguerrido, los más montados sobre un caballo palafrén y con un escudero que les llevaba de la brida el caballo de combate. Estos eran de tales proporciones y hermosura que Efrén pensó que por montar uno de ellos sería capaz de vender su alma al diablo.

Bien pensado, no era necesario vender su alma al diablo; bastaría con vender la noticia a quien pudiera sacar provecho de la riqueza que a todas luces cantaban aquellas monturas y los que las montaban, con los gavilanes de sus espadas engastados en piedras preciosas.

Todo esto sucedía un atardecer de primavera muy templado y tan florido que los cerdos de la piara, sin moverse del

sitio, podían hartarse de bellotas y otros frutos silvestres de los que ellos gustan. Efrén dormitaba a la sombra de un robledal cuando oyó ruido de caballerías y se apresuró a azuzar a los cerdos para disimularlos en una quebrada, pues no era extraño que los hombres de armas depredaran el ganado que encontraban a su paso. A continuación, haciéndose pasar por un viajero, se acercó al camino y fue cuando advirtió tanta hermosura. Con la astucia que requería profesión tan peligrosa, dejó pasar el grueso de la tropilla y se incorporó a la estela de polvo que levantaban los caballos.

—¿De dónde sales, muchacho? —se alarmó el escudero que iba de cola al sentir pasos a su espalda.

—Voy de camino del santuario de la Virgen Blanca, que ella nos guarde —fue la respuesta de Efrén.

—Que así sea —le dijo el escudero sin quitarle ojo—. ¿Y de dónde sales tú con esos pelos?

—Los que Dios me ha dado, mi señor —respondió humilde Efrén, dándole un tratamiento que sabía que no le correspondía.

—Mira que de primeras pensé que eras una doncella, y no mal parecida —bromeó el escudero.

Esto lo decía porque Efrén tenía el cabello muy rubio, pues según la partera de Naciados nació albino, o tal parecía, pero cuando se hizo mozo se le puso de un color dorado muy codiciado por los moros de malas costumbres.

Cuando andaba por los montes, con los cerdos, traía el cabello muy descuidado, en largas guedejas que le llegaban hasta los hombros, pero cuando volvía al pueblo, Paciana, la partera, disfrutaba arreglándoselo, y de niño se lo peinaba como a una doncella, decía que por juego, aunque algún viejo, de los que bien conocían a la Paciana, le advertía: «Andate con ojo que ésa, a nada que pueda, presto te vende a un moro rico.» Un día, cuando Efrén ya había cumplido los doce años, le preguntó a la Paciana si eran ésas sus intenciones. La partera se consideraba con derechos sobre el chico porque no se cansaba de repetirle que, si vivía, era gracias a ella, que le sacó de un mal parto. «¿Y mi madre?», preguntaba Efrén, siempre con la ilusión de que cambiara el relato. ¿Su madre? A ésa ni la conocían en Naciados; llegó a la grupa de un caballo bayo, medio

desangrada, y aunque ella le puso emplastos de endrinas para cortarle la hemorragia, de poco sirvió, justo para darle tiempo de que naciera Efrén un 9 de junio, festividad de San Efrén, de ahí su nombre. «¿Y mi padre?», preguntaba Efrén, angustiado, cuando le llegó la edad de sufrir. «Un normando», le contestaba la Paciana, al tiempo que formulaba un conjuro contra la desgracia.

Los normandos, desde que en el año 1060 llegaron a la Península como portaestandartes del papa de Roma y se apoderaron de la ciudad de Barbastro, después de degollar en un solo día a la flor y nata de la caballería árabe, no menos de seis mil caballeros, estaban considerados como demonios. Bien es cierto que guerras tenía que haber, pues de ellas vivían muchas gentes, comenzando por los caballeros, que cuando salían triunfantes tenían derecho a despojar de todas sus pertenencias al vencido, el caballo, la espada y hasta la ropa, salvado lo que el decoro exigía; y siguiendo por los comerciantes judíos, que traficaban con ese botín, comprando y vendiendo armas y caballos y toda suerte de suministros, amén de los préstamos que hacían a los señores para poder armar sus huestes; más las pobres gentes que seguían a los ejércitos cargando cántaros de agua para vendérsela a los soldados, vaso a vaso, cuando el calor arreciaba; guerras tenía que haber, pero no eran aquéllos modos de hacerla entre pueblos civilizados pues, salvado lo que al honor atañía, en lo demás había que tener caridad con el vencido. De manera que decirle a Efrén hijo de normando era peor que llamarle hidepu-ta. «Por eso has salido tan rubio – le explicaba la Paciana–, por tu padre, que tu madre mora era, y por las trazas de buena cuna, como todas las del harén del cadí de Barbastro, que tenía fama de ser muy exquisito en su trato con mujeres.»

La Paciana, que se ganaba la vida no sólo con partos, conjuros y bebedizos, sino también contando historias, la del normando y la mora de Barbastro no siempre la contaba igual y a veces decía que aquel normando no debía de ser de los peores, puesto que cuando fueron expulsados de Barbastro por las huestes del Cid, en lugar de tomar el camino de Francia, como era de razón, se vino hacia el sur quién sabe si por dar gusto a su enamorada. Pero cualquiera que fuera la versión, cierto era que Efrén no tenía ni padre ni madre, y por eso la partera se consideraba con derechos sobre él. De su padre le contaba que fue tal su desesperación cuando murió su amada

que primero quiso matarla a ella, a la Paciana, como si tuviera alguna culpa en aquel mal parto, luego se quiso matar él, y por último huyó a galope tendido, y se rumoreaba que lo vieron vagar como alma en pena por sierras y collados, aunque otros decían que se había hecho ermitaño, y otros que se había puesto al servicio del rey moro de Sevilla. «¿Yde mí no quiso saber nada?», se condolía Efrén. En este punto, las versiones de la Paciana variaban según fuera su estado de ánimo, que dependía de un bebedizo que hacía con licor de ciruelos al que era muy aficionada. Cuando lo tomaba con medida se ponía tierna y le decía: «No lo tomes a mal, Efrén, según moría tu madre pensó que tú te ibas con ella, pues naciste tan justo de peso que ni un sietemesino. Si todavía vive ese desventurado, no sabe que es padre de un hijo tan cumplido.» Y de paso le insistía cuánto le debía a ella, que lo libró de la muerte criándolo a sus pechos. De muy niño esto no le extrañaba a Efrén, pues pensaba que tal era la función de los pechos de toda mujer, fuera casada o soltera. Cuando se hizo un poco más mayor y se adentró en los misterios de la vida comenzó a no entender, pues a la Paciana no se le conocían amores ni condición alguna para ser nodriza.

Pero cuando la mujer bebía de más se ponía muy desagradable y le decía a Efrén que su padre no quiso saber nada de él por considerarlo responsable de la muerte de su madre, y si no fuera por ella le hubiera asfixiado con sus propias manos.

En todo caso quedaba claro que le debía la vida, y cuando cumplió los doce años decidió cobrarse la deuda razonándole así: «Tu única gracia es el color de tus ojos azules y ese pelo dorado, tan del gusto de quien yo me sé. Para hacer la guerra no sirves, tan corto de fuerzas como andas, y para andar cuidando cochinos tampoco, delicado como eres.» Y se pusieron camino del reino de Granada, en el que conocía a un gran señor que en su harén tenía lo mismo cantoras que cantores, pues por ambos mostraba igual afición. «Pero yo no sé cantar», le advirtió Efrén con el candor de sus pocos años. «No cuides de eso –le tranquilizó la mujer–, que otros cantarán por ti.» Y durante el viaje, que les llevó quince días, le fue aleccionando sobre cómo los grandes señores se cansaban antes de las mujeres que de los mancebos, y que si éstos se daban maña, medraban mucho a su amparo, y le contaba casos de jóvenes que habían llegado a ministros, y hasta que habían terminado con reino propio. «Espero que entonces te acuerdes de esta pobre mujer y de todo lo que estoy haciendo por ti», le decía.

Cuando le explicaba la clase de atenciones que se esperaban de él para acceder a tan altos cargos a Efrén se le encogía el corazón y le objetaba: «A mí no me va a gustar hacer eso.» «¿Y cómo lo sabes si no lo has probado nunca?», le replicaba la mujer.

Pero cuando lo probó se confirmó en que no le gustaba y se dio a la fuga. La Paciana le había dejado en un palacete, a orillas del Darro, que bajaba con aguas muy frescas de la sierra nevada, y que pertenecía a uno de los visires más principales del rey de Granada. Era tanta la belleza de sus jardines, con fuentes cantarinas por doquier, todo tan distinto de las asperezas de Naciados, que Efrén creyó estar soñando. El visir se mostró amable con él y mandó a los eunucos del harén que lo vistieran y alhajaran como se merecían sus gracias. Y fue uno de estos eunucos, el más viejo de todos, quien le ayudó a huir a la tercera noche, y eso que el visir no había pasado de unas caricias inocentes, no muy distintas de las que hacía a sus perros. «Si por tan poca cosa lloras —le dijo el eunuco—, mejor será que vayas pensando en darte muerte, pues los tientos no han de acabar ahí.» Y le contó el caso de un mancebo que no se había hecho a aquellas costumbres y, desesperado, se había atado una piedra al cuello y lanzado a una poza del río que había aguas arriba. Pero el hombre, compadecido de su juventud, le aconsejó: «Para quitarte la vida siempre estarás a tiempo. Anda a ver si tienes suerte y puedes escapar.» Y le explicó el mejor modo de hacerlo, proveyéndole de comida para varios días y de unas monedas de plata, de la acuñación de Toledo, que eran bien recibidas en todos los reinos de España.

Siguiendo el consejo del eunuco, evitó las vegas de los ríos, siempre concurridas, y tiró sierra arriba hasta alcanzar la parte de las nieves, de las que poco sabía por ser insólitas en Naciados. Llegó a ellas después de caminar durante una semana, muy contento de haber acertado a dar con aquellas soledades en las que difícilmente podrían encontrarle.

Era un día de otoño avanzado, muy soleado, y aquellas primeras nieves, sueltas y vaporosas, más invitaban a jugar que a otra cosa. Pero aquella misma noche se desató una tempestad que a poco le cuesta la vida. Sin apenas abrigo ni sitio don-

de refugiarse, no sabía Efrén lo que hacer de su persona, hasta que encontró una cárcava y en ella se metió aterido, sin acertar a discurrir, y' cierto que de aquélla no salía, pues en su ignorancia aquel aparato de relámpagos y golpes de nieve, con su parte de pedrisco, se le imaginó que era el fin del mundo.

El siguiente día amaneció no menos bravo, y aunque intentó salir de la cárcava, no pudo porque los pies no los sentía y otro tanto le sucedía con las manos. Sólo le quedaban fuerzas para llorar, y se hubiera muerto, entregado como estaba, si no llega a aparecer un mulero de los que acarreaban nieve para los palacios del rey. De primeras, a Efrén le pareció un fantasma, pues tal parecía en medio de la ventisca que no cesaba, todo él cubierto con una manta, con un solo orificio para los ojos, y tirando de una recua de muías de poca alzada. Pensó que era la muerte que venía en su busca y se dispuso a rezar una oración, que en parte era conjuro, que la Paciana le había enseñado para tales ocasiones.

Entró el hombre en la cárcava, en busca de resguardo, y no advirtió la presencia de Efrén hasta que encendió la hoguera para calentarse. Se llamaba Temin y era un moro natural de Málaga que se ganaba la vida almacenando nieve en las cuevas de la Alhambra. Por ser muy ducho en la montaña y en sus males, pronto se dio cuenta del que padecía Efrén, quien así que vio el fuego pretendía meter sus manos entre las llamas como remedio contra aquel terrible frío que le estaba horadando los huesos.

—¡Alto ahí! —bramó Temin, y, como si estuviera enfurecido con aquel intruso, tomó a Efrén por el cuello, lo sacó fuera y comenzó a golpearle al tiempo que las manos y los pies, que los tenía amoratados, se los restregaba con nieve, con tal vigor que al muchacho le parecía que le estaba desollando con afilados cuchillos.

—¡Por Alá, os ruego —suplicaba Efrén con las pocas fuerzas que le quedaban—, dejadme morir, o dejadme marchar, pero no sigáis más!

Efrén invocó a Alá porque se dio cuenta de que su verdugo moro era, que si fuera cristiano habría invocado a Cristo, por ser costumbre entre los vendedores de noticias dar gusto a unos y a otros en sus creencias. Pero Temin, sin hacer caso de sus lamentos, siguió con su quehacer, y cuando lo consideró

oportuno le obligó a entrar en la cárcava y meter sus manos en la parte más caliente de una de las muías, que en el acto se orinó; aquel cálido líquido, como luego le explicó, era el mejor remedio contra el mal del hielo.

–¡Pero nunca se te ocurra –le reprendió severo– poner las manos en el fuego si te ves en otra como ésta!

Con paciencia, el hombre cuidó de recoger orín de las otras bestias, que en conjunto eran cuatro, para lo cual las provocaba poniéndoles nieve en sus partes, y con aquel líquido cuidó también de sus pies. Cuando la sangre volvió a circular por sus inertes extremidades el dolor le hacía sollozar, con gran contento de Temin, que le animaba:

–Da gracias al Altísimo, que tanto dolor señal es de que la sangre vuelve a sus cauces, que de no sentirlo podías darte por muerto, o con suerte cojo y manco de por vida, eso en el caso de que yo acertase a cercenarte pies y manos.

La tormenta duró dos días, al cabo de los cuales lució un sol tan esplendoroso que al principio, cegado por su reverbero, Efrén no se hacía a admirar tanta hermosura como la que le rodeaba por doquier. El pico nevado de la sierra emergía de entre un mar de nubes, de manera que todo aquello al muchacho no le parecía cosa de este mundo. Según avanzaba el día, aquellas nubes también se disiparon, y Temin le dijo que si aguzaba la vista, desde allí se podía distinguir el Generalife del rey zirí.

–¿Cómo podré pagaros lo que habéis hecho por mí? –le preguntó Efrén que, como todos los de Naciados, estaba muy bien enseñado a ser cortés con los extraños, por razones de conveniencia.

–Ayudándome a cargar las muías, con premura, antes de que vuelvan los vientos.

Se pusieron a la tarea de hacer bolas de nieve, todas del mismo tamaño, bien prietas, que las ponían al sol para que se aguasen un poco por la parte de fuera y por la noche se helasen. Así endurecidas, las colocaban en serones, a la sombra, y las bolas se apegotaban las unas con las otras hasta formar blo-

ques de hielo. Para este quehacer, el mulero se servía de unos guanteletes de cuero, viejos, como los que usaban los guerreros.

Este trabajo les llevó tres días, pero uno de ellos lo dedicaron a la caza de una cabra salvaje, que con sus saltos de risco en risco parecía provocarlos a que fueran a por ella. En esta tarea los ayudó un hombre viejo, que fue quien puso la flecha de la que se sirvieron para herirla de primeras. Se llamaba Maksan y era un pastor trashumante que cuando llegaban las nieves se trasladaba con su rebaño de carneros a los pastos de la ladera sur de la sierra, hacia la parte de las Alpujarras, llegando a veces hasta la misma orilla del mar, porque allí le pagaban mejor las crías de su rebaño. En esa trashumancia se topó con Temin, a quien conocía de tiempos atrás, y fue cuando se concertaron en cazar la cabra y partirla por mitad.

La caza era privilegio real, tanto de reyes moros como cristianos, o de sus visires, condes, cadíes o alféreces, estando vedada a los vasallos bajo pena de muerte. Pero como a aquellas alturas nunca llegaban los guardias reales no había mayor peligro en intentarlo.

Con Maksan, con el que habría de convivir cinco años, se inició Efrén en la pasión de perseguir animales salvajes que nunca habría de abandonarle. En aquella primera oportunidad se pasaron toda una noche al acecho, y con la alborada, cuando la cabra y su pareja saltaban de un risco a otro, como en un juego, esperaron el momento oportuno para que Maksan tensara el arco y lanzase la flecha sobre el macho que, más confiado, se pavoneaba luciendo su airosa cornamenta. Le acertó en una paletilla, no lejos del corazón, y por la sangre que iba dejando en su huida no les fue difícil seguir el rastro, aunque estuvieron en trance de perderlo cuando el animal se metió por unas brañas muy tupidas y los dos hombres, ya sin resuello, se encontraban sin fuerzas para continuar la persecución, mas no así Efrén, que siguió a plena carrera, brincando cuando era preciso, y sin cuidarse de los espinos que le arañaban hasta hacerle sangrar. Cuando por fin lo vio recostado contra un quejigo, entregado, tomó un canto afilado y con mucho tiento se acercó por detrás y lo terminó de rematar golpeándole en el colodrillo. Tardarían todavía un buen rato en aparecer Temin y Maksan, y el primero, al ver la piedra ensangrentada en manos de Efrén, determinó:



–Como la pieza a la postre ha sido suya, haremos tres partes: dos para nosotros y una para ti.

–Sea–admitió Maksan–, que aún me faltan dientes para comerme la parte que me toca.

Aquella noche asaron un cuarto trasero y Maksan le dijo a Efrén:

–Tú no eres de por aquí, y por el color de tu pelo más pareces cristiano que moro.

–Mora era mi madre –contestó Efrén, evasivo, con la boca llena.

–¿Y tu padre?

Efrén se encogió de hombros, siguió comiendo y, al cabo de un rato, dijo a modo de aclaración:

–Soy de Naciados, y allí somos de unos y de otros.

–Lejos cae eso –prosiguió Maksan– y esas vestiduras que luces no parecen propias de quienes se ganan la vida, de acá para allá, trayendo y llevando cuentos. ¿Cuál es el que te traes tú entre manos?

Estaba Efrén para cumplir los doce años y, aunque muy alto para su edad, por dentro andaba muy tierno, sin malicia alguna, y como notara un punto de cariño en el modo de preguntar el viejo se echó a llorar y contó de pe a pa las penas que estaba pasando. Los dos hombres le escucharon en silencio, y cuando terminó le dijo Temin:

–Tengo para mí que ese eunuco te ha hecho un flaco servicio, que a todo se acostumbra uno, y es más fácil acostumbrarse a ser el favorito de un visir que a andar con estas miserias.

Por su parte, Maksan comentó:

–Hecho está y solución ya no tiene, que si volvieras a saber lo que te aguardaba, que ser visir y bujarrón a un tiempo mala cosa es, y nada bueno se puede esperar de quien tiene mucho poder y malas inclinaciones. ¿Qué piensas hacer? ¿Volver a Naciados?

–Allá estará la Paciana –contestó Efrén, sobreentendiéndose lo que se podía esperar de tan desvergonzada mujer.

–Entonces habrá que discurrir –dijo Maksan–, y ahora ya es tiempo de dormir.

La cárcava era de buen tamaño y en ella metieron las muías y los carneros, y fue la primera noche en mucho tiempo que Efrén se sintió arropado en su sueño por la calidez de las bestias y el interés que por su suerte mostraron el mulero y el cabrero.

Era tanta su fatiga que cuando despertó al otro día el sol, que continuaba luciendo muy hermoso, ya estaba en todo lo alto. Salió fuera y vio a Maksan que, no lejos de allí, cuidaba de que sus carneros ramoneasen las puntas de los arbustos que asomaban entre la nieve. De Temin no había señales.

–¿Has echado en falta algo? –le preguntó el viejo después de desearle los buenos días y todo género de venturas para la jornada que comenzaba.

No entendió Efrén el sentido de la pregunta hasta que Maksan le aclaró:

–A mí me falta la parte de la cabra que cazamos ayer, y de la tuya tampoco veo muestras por aquí.

Y le explicó que, cuando todavía era de noche, oyó a Temin trajinar con las muías, pero no se malició sus intenciones. Se había marchado, sin despedirse, y llevándose la pierna entera, y le volvió a insistir al chico:

–¿Y a ti no te falta algo más?

Si has llegado hasta aquí y te ha gustado lo que has leído puedes adquirirlo pulsando en este enlace: <https://bibliotecaonline.es/producto/el-caballero-del-cid-jose-luis-olaizola/>